

La okupación y la disputa por la cultura en la ciudad: entre transgresión y cooptación¹

Squatting and the dispute for culture in the city: between transgression and cooptation

Aritz Tutor Anton²  y Adrián Hernández Cordero³ 

RESUMEN

El carácter vanguardista e innovador del movimiento de okupación llevó a que algunos activistas concibieran los espacios okupados como frentes en los que es posible desarrollar también una crítica y una propuesta cultural, que muchas veces toma la forma de la experimentación artística. Estas prácticas, además de ser transgresoras, suelen resultar atractivas para los promotores (públicos y privados) de unas ciudades que cada vez más disputan un espacio global, cuyo nicho se gana frecuentemente mediante políticas culturales. El artículo busca dilucidar la problemática relación entre las actividades contraculturales que desarrollan los centros okupados con procesos de regeneración urbana y gentrificación. Para ello se realizará una revisión teórica, así como un repaso de casos empíricos. En este contexto, numerosos casos ilustran que espacios okupados han sido cooptados para dinámicas gentrificadoras. El resultado, no obstante, indica que la relación entre las actividades de los espacios okupados y la gentrificación es ambivalente y varía según cada situación.

Palabras clave: Movimientos sociales, gentrificación, conflicto urbano, contracultura, renovación urbana.

ABSTRACT

The avant-garde and innovative character of the squatting movement led some activists to conceive squatted spaces as fronts on which it is also possible to develop a critique and a cultural alternative, which often takes the form of artistic experimentation. These practices, in addition to being transgressive, tend to be attractive to promoters (public and private) of cities that increasingly vie for a global space, where a niche is frequently gained through cultural policies. The article seeks to elucidate the problematic relationship between the countercultural activities carried out by squatted centers with processes of urban regeneration and gentrification. For this, we will make a theoretical review, as well as a review of empirical cases. In this context, numerous cases illustrate that squatted spaces have been co-opted for gentrifying dynamics. The result, however, indicates that the relationship between the activities of squatted spaces and gentrification is ambivalent and it varies according to each situation.

Keywords: Social movements, gentrification, urban conflict, counterculture, urban renewal.

¹ Esta investigación se ha realizado gracias al Programa Posdoctoral de Perfeccionamiento de Personal Investigador Doctor del Gobierno Vasco.

² Departamento de Sociología y Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea. Correo electrónico: alsamak@gmail.com

³ Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (CONHACYT). Correo electrónico: ahernandez.cordero@izt.uam.mx

Introducción

El Movimiento de Okupación (que desde su misma concepción semiótica porta la disrupción ortográfica) lleva varias décadas siendo una de las más potentes manifestaciones de las fuerzas que transgreden el statu quo de la ciudad. Este es un colectivo sustentado en la acracia y, en ese sentido, promueve la autogestión y la organización horizontal. Su acción vanguardista, empero, se extiende también a las reivindicaciones por el derecho a la vivienda, la producción de una cultura alternativa y la construcción de espacios comunitarios.

En este sentido, los okupas suelen apropiarse física y simbólicamente de edificios abandonados o en desuso, focalizando su acción sobre inmuebles propiedad de entidades públicas o grupos financieros que lucran con la vivienda. Muchos de éstos se localizan en barrios que se encuentran experimentando procesos de desinversión y abandono, esperando a que las lógicas mercantiles los vuelvan a insertar en los circuitos de la economía capitalista. En dichas zonas irrumpen los okupas, ya sea buscando residir, o bien, para prestar servicios sociopolíticos y culturales a través de la formación de los denominados Centro Sociales Okupados. Sea una u otra modalidad lo cierto es que los okupas se establecen trascendiendo la dimensión del espacio privado y buscan crear vínculos comunitarios y barriales.

La apuesta de las okupaciones tiene una fuerte carga cultural, desarrollan actividades que por elección o por su contenido suelen no tener cabida en los circuitos artísticos hegemónicos. A través de la realización de foros, conversatorios, lecturas de poesía, conciertos, proyecciones audiovisuales, talleres, fiestas, comidas comunitarias y demás manifestaciones se busca crear un nodo de reflexión, esparcimiento y formación política que contribuya a pensar las ciudades y el mundo desde otras miradas.

Los okupas, debido a su esencia rompedora con las lógicas capitalistas como la propiedad privada, suelen experimentar fenómenos de estigmatización que provienen, como no podía ser de otra manera, de los grupos empresariales, políticos de centro derecha y medios de comunicación masivos. Sin embargo, en algunos casos la instalación de las okupaciones y sus dinámicas en zonas abandonadas puede implicar que, sin plantearse y sin quererlo, contribuyan a impulsar procesos de gentrificación. Ello se logra a partir de lo que Morell (2014) denominó trabajo urbano: una faena no asalariada que se halla fuera del mercado laboral, pero que forma parte directa de la producción de valor y contribuye a los procesos de mutación urbana. Se ubica en el orden de lo simbólico y forma un valor inmaterial, que en términos de gobernanza y de validación capitalista se apropian otros que no lo producen. De este modo, las okupaciones con su halo rebelde y vanguardista estarían contribuyendo a dotar de valor un espacio desvalorizado económicamente; cuestión que hábilmente puede ser instrumentalizada y cooptada por los regímenes gubernamentales para ejecutar procesos de renovación urbana. A su vez, estos procesos se valen de la cultura como buque insignia para atraer inversiones y nuevos habitantes. La consecuencia de ello será que terminarán desalojando las okupaciones después de realizar su faena de revalorización.

El objetivo del presente trabajo consiste en discutir, a partir de algunos ejemplos, la manera en que la contracultura que practican los espacios okupados puede llegar a contribuir a procesos de gentrificación, a pesar de su carácter reivindicativo y desobediente. Así, se establece que en estos procesos la cultura es un elemento central. En cualquier caso, no hay una relación unívoca en-

tre las prácticas culturales de los centros okupados y las dinámicas de gentrificación. La presente investigación se basa en una revisión teórica y bibliográfica de diferentes fuentes de datos sobre las dos temáticas centrales de este trabajo: la okupación y la gentrificación. La revisión se ha restringido al ámbito europeo (ya que las okupaciones se dan sobre todo en estas latitudes), con una incidencia especial de los países anglosajones, que, así como en el Estado español, cuentan con una importante cantidad de investigaciones al respecto. Los trabajos llevados a cabo hasta ahora solo han tratado las interacciones entre la okupación y los fenómenos de gentrificación de manera somera y periférica (Martínez, 2020; Pruijt, 2003; Uitermark, 2004a). Este texto pretende completar y actualizar esas visiones, así como contribuir a ensanchar las lagunas existentes en esta área del conocimiento.

El artículo se organiza de la siguiente manera. Primero se trazan las coordenadas en las que sitúa el fenómeno de la okupación, partiendo de sus orígenes hasta sus diversas modalidades actuales. Después, se presenta una reflexión sobre el concepto de gentrificación, su origen y su pertinencia para entenderla desde una dimensión simbólica que conecta con la producción cultural. En tercer lugar, se analiza la importancia de los procesos y las políticas culturales en la ciudad contemporánea. Esta sección se bifurca, por un lado, se aborda la manera en que la oferta cultural de las okupaciones puede contribuir en algún grado al proceso de gentrificación y, por otro, se presentan ejemplos de la institucionalización de okupaciones que no dejan de estar en tensión entre la transgresión y la cooptación. Se concluye con una serie de reflexiones finales que buscan mostrar la complejidad del fenómeno estudiado.

Coordenadas del movimiento de okupación

La okupación, grosso modo, puede definirse como una práctica contestataria en el que un colectivo de personas decide abrir un edificio en desuso que no es de su propiedad. Para Martínez (2007), la okupación se constituyó como una forma radical adoptada por los Nuevos Movimientos Sociales (por su preocupación por cuestiones posmaterialistas y reproductivas) y con la que podían demostrar su descontento y potenciar sus prácticas políticas. Posteriormente, la okupación adquirió elementos característicos que los llevaron a conformarse como un movimiento social propio: la denuncia política anticapitalista, una radical autonomía, la filosofía del 'hazlo-tú-mismo', la creación de espacios socioculturales críticos y de medios de comunicación alternativos.

El movimiento okupa se comienza a gestar en la década de los años 60 y 70, en múltiples iniciativas en el continente europeo. En ese momento, los activistas que lo componen son jóvenes descontentos con la situación sociopolítica, críticos con el sistema económico e insatisfechos con el reducido horizonte cultural. Las primeras okupaciones se dieron en Italia y Alemania, donde comenzaron a ensayar estrategias de cohesión comunitaria de forma autogestionada (Adell y Martínez, 2004; Piazza, 2016). Ambas experiencias bebieron del amplio rechazo de una juventud que no sentía ni hacía suyo el mundo que heredaba. El impulso de la sociedad de consumo y el incremento de las brechas sociales, junto con los primeros resquebrajamientos de la expansiva bonanza del periodo de posguerra y la oposición al militarismo imperialista de las potencias occidentales, crearon el caldo de cultivo perfecto para la okupación. Era la época en que la economía cedía su lugar a la cultura como motor de las luchas. Nacía el punk y entre los adoquines del sistema se columbraba un nuevo mundo.

En este contexto, la okupación provino de la convergencia del movimiento por la vivienda, el movimiento juvenil y las tendencias contraculturales del momento. Algunos de estos protagonistas destacados fueron los provos en Holanda, que a través de actividades lúdicas transgredieron el statu quo; así como los punks y su carácter ácrata y rompedor en Reino Unido, donde comenzaron a intervenir en espacios abandonados en los que podían llevar a la práctica su ideología política (Guzmán-Concha, 2015).

En la actualidad, la okupación abarca diferentes ámbitos y entra en contacto con realidades heterogéneas, aborda problemáticas diversas y acoge variados colectivos y personas con trayectorias diversas. Incluso existe un debate sobre si considerarlo 'un solo' movimiento social (Martínez, 2004). Por lo tanto, hablar de okupación es adentrarse en un universo extremadamente complejo que es hoy más heterogéneo que nunca (Martínez y Cattaneo, 2014; Cattaneo y Tudela, 2014). Por eso, conviene huir de la visión simplificadora de un okupa homogéneo que la mayoría de las veces se identifica con un activista masculino⁴.

Sin embargo, en cualquiera de sus formas, su capacidad antagonista se destaca claramente. Tradicionalmente, la okupación surgió y se asoció a la lucha por la vivienda, pero la realidad actual también demuestra que es un instrumento proyector de actividades comunes y de cooperación entre espacios sociales (como las alianzas que teje con el vecindario en el que habitan) que manifiestan sus deseos de lucha de formas muy diferentes. En este sentido, la okupación también constituye una intervención en la política y planificación urbana, pudiendo ser el ejemplo de un cambio cultural y económico. Esta *modalidad* de okupación, como una actividad política y cultural, es a la que nos acercaremos en este artículo, aunque genéricamente seguiremos usando el término de okupación.

Esta modalidad es una de las manifestaciones más prominentes, y comprende la restauración de edificios vacíos para establecer centros sociales y culturales autogestionados y/o para establecer una residencia (Guzmán-Concha, 2015). Confrontando la propiedad, la okupación desafía la legitimidad de las formas tradicionales de dominación y uno de los pilares de las estructuras capitalistas (Milligan, 2016), prefigurando otro modo de organizar la sociedad. Así pues, el fenómeno okupa -su estética, su modo de exteriorizarse- se relaciona con lo urbano mediante la asunción, la reapropiación (Martínez, 2002), de una propiedad ajena que explotan en función de criterios políticos no capitalistas. De esta manera, se logra extraer esa propiedad del circuito capitalista, no sólo en términos de oferta -técnicamente ese edificio ya está siendo usado, ya no está vacío, ha sido tomado, y debe ponerse en marcha un proceso legal y judicial antes de poder ofertarlo de nuevo- sino también en lo que respecta a su valor(ización).

Sin embargo, el aspecto que más nos interesa explorar es cómo se relaciona la okupación con la cultura y qué papel juega en relanzar y fomentar lo que se puede denominar una cultura alternativa. La okupación ha jugado desde sus inicios un rol vital en el campo de la producción cultural.

⁴ El movimiento okupa ha tenido una fuerte sensibilidad feminista. El caso del Centro Social la Kasa Okupada Eskalera Karakola (1996-2005), por ejemplo, fue un proyecto político e infraestructura sociocultural gestionado exclusivamente por mujeres (Marinas Sánchez, 2004) y un lugar donde se logró negociar y conseguir un espacio seguro (VV.AA., 2015). Desarrolló una incesante actividad feminista, además de abundante trabajo reflexivo que abordaba cuestiones como el espacio urbano, las identidades sexuales y de género, la precariedad laboral, la globalización, la brecha tecnológica, la violencia, la teoría queer, la economía feminista, etc.

El movimiento apoya formas de arte que podrían marchitarse sin ellas, e incuban nuevos usos que nunca hubieran existido si no fuera por el terreno (físico, como un edificio en el que experimentar, y simbólico, como nuevos caminos a los que dedicar tiempo y energía) abierto por la okupación.

En Italia, Holanda o Reino Unido, por ejemplo, la escena okupa, autónoma y contracultural muchas veces se mezclaban en prácticas y espacios (Milligan, 2016). En Barcelona, por ejemplo, los primeros okupas buscaban espacios musicales, y estaban vinculados al Punk (Fernández Gómez, 2010), y era habitual encontrar otras okupaciones ligadas a otras vertientes culturales.

Panorama sobre la gentrificación

El concepto de gentrificación cuenta con más de cincuenta años de existencia y en la actualidad goza de una amplia popularidad. El término se originó en el ámbito de la sociología e inicialmente se utilizó para estudiar los procesos de cambio social mediante los cuales sectores de clase media-alta comenzaron a mostrar interés en viejos barrios obreros londinenses. Glass (1964), fue la primera en estudiar el fenómeno y dio cuenta de la manera en que el arribo de nuevos pobladores implicó el éxodo de los habitantes de origen obrero, transformando la fisonomía de los sectores urbanos en cuestión.

En su momento el concepto fue ganando terreno con trabajos pioneros como el de Marcuse (1985) que se enfocó en la dimensión del desplazamiento. Posteriormente, desde la geografía ocurrió un álgido debate entre Smith (1996) y Ley (1986), quienes entendieron de manera diferente las causas del fenómeno. El primero creía que la gentrificación se debía a cuestiones estructurales de los grandes inversores inmobiliarios, quienes a partir de reinversiones buscaban generar una oferta de viviendas en zonas deprimidas. Mientras que el segundo pensaba que surgía a partir de la demanda de una clase media surgida a partir del proceso de globalización. Este intercambio académico resultó fecundo en su momento para dinamizar el concepto, que desde entonces no ha dejado de ser polémico, contando con un amplio sector detractor (Garnier, 2017). A pesar de ello la gentrificación progresivamente fue permeando en los estudios urbanos, así como en el ámbito de los movimientos sociales.

En sentido estricto puede hablarse de gentrificación, según Casgrain y Janochska (2013), cuando se identifican los siguientes elementos:

- a) (Re)inversión financiera en un barrio con la intención de detonar procesos de dinamización del mercado inmobiliario, ya sea por parte de entes públicos y privados.
- b) La llegada de clases medias a la zona a tratar, quienes cuentan con un alto capital cultural y con patrones de consumo que tienden a la distinción.
- c) La transformación de la estructura comercial adaptándose para satisfacer las demandas de los recién llegados, quienes demandan productos ecológicos, artesanales, gourmet, etc.
- d) El desplazamiento de los habitantes de bajas rentas que se acompaña del incremento de productos y servicios básicos.

Desde el punto de vista temporal, la gentrificación consta de cuatro fases que generalmente ocurren de manera lineal: abandono, estigma, renovación y mercantilización. La primera se refiere al momento que suelen experimentar zonas centrales y que se caracteriza por un proceso de desinversión pública y privada que se origina por la etapa desarrollista de las urbes. En este momento es cuando llegan los pioneros de la gentrificación, usualmente personas con un alto capital cultural, o bien, con proyectos autogestivos como los okupas. La segunda corresponde a la construcción de relatos negativos que, desde las palestras hegemónicas, vinculan pobreza e inseguridad, generando que el valor del suelo baje y que comiencen el éxodo de habitantes tradicionales por las difíciles condiciones de vida (violencia física, narcomenudeo, drogodependencia, robos, etc.) que se generan. Aquí suelen existir disputas y conflictos entre la población vulnerable que habitan y/o practican dichas zonas y las fuerzas del orden, este carácter de oeste salvaje (Smith 1996) resulta trascendental para impulsar la llegada de clases medias con gustos alternativos. La tercera fase comprende el momento en el que los agentes inmobiliarios comienzan a generar planes urbanísticos y proyectos de inversión, que atraen nuevos habitantes con mayor capacidad económica, así como una renovada tipología comercial. La cuarta etapa muestra la consolidación del proceso, la cual se define por la maduración de los proyectos de inversión, pacificación del espacio público, que produce el incremento del precio de las viviendas y se culmina con la expulsión de los menos favorecidos.

En este contexto, uno de los elementos centrales que se vincula con el proceso de la gentrificación es la cultura, específicamente la infraestructura cultural. A través de la creación de museos y centros culturales se buscan realizar lavados de cara a zonas consideradas degradadas; en efecto, dichas intervenciones actúan como los buques insignia de la apuesta inmobiliaria. Muestra de ello es el Museo Guggenheim, que impulsó la revitalización de Bilbao, o el clúster cultural localizado al norte del barrio del Raval en Barcelona (Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea, Facultad de Geografía de la Universidad de Barcelona).

La construcción de este tipo de infraestructura cultural implica cambios. Uno de ellos es la atracción de nuevos usos y personas y expulsaron actividades y sujetos populares. Un determinado colectivo social ligado a prácticas artísticas (Casellas *et al.*, 2012) y con un capital cultural y económico alto puede moverse buscando zonas de gran centralidad, lo cual además de un movimiento demográfico comporta un desplazamiento de capital, tanto del propio colectivo como de grupos de inversores que persiguen sacar provecho de la situación. Otra perspectiva es la modificación en los patrones de consumo cultural, ya que en su área de influencia se comienzan a instalar galerías, boutiques, restaurantes, bazares y mercadillos. Mansilla (2019), desde una perspectiva bourdiana, señala que este tipo de instalaciones sirven como entes que acumulan capital simbólico, que, por un lado, ayudan a que los centros culturales sirvan como elementos de distinción de los sectores medios e ilustrados y, por otro, se inserten en las dinámicas mercantiles de la ciudad.

En una línea parecida, Hiernaux y González (2014) identifican un tipo de gentrificación simbólica. Según ellos ésta se caracteriza porque en los centros históricos o barrios renovados aparecen elementos estéticos como el arreglo de fachadas, la utilización de ciertos colores de pintura, la decoración de los comercios y sus letreros, así con la instalación de mobiliario urbano. Todos estos elementos contribuyen a darle un nuevo rostro al sector a partir de la introducción de marcadores que reconocen y valoran los sectores de ingresos medios. Asimismo, este fe-

nómeno se acompaña de otra dimensión sensorial, ya que en las zonas gentrificadas aparecen nuevas experienciales como olores, sabores y sonidos que son resultados de la introducción de negocios de restauración, así como de locales culturales. Las nuevas prácticas de los habitantes y visitantes se imponen progresivamente sobre los antiguos habitantes, en caso de mantenerse, impactando sobre sus emociones y que a la postre pueden devenir en factores decisivos para abandonar su barrio.

La okupación y la producción (contra)cultural en el contexto de la competitividad urbana global

La cultura, incluidas las expresiones alternativas, es una razón poderosa que ha estado frecuentemente presente tanto en los discursos como en los procesos ligados a las transformaciones urbanas promovidas desde los estamentos hegemónicos (Selfa, 2005). Aun en mayor medida si tenemos en cuenta la naturaleza cada vez más simbólica de las economías urbanas postindustriales y el giro explícito hacia la cultura como herramienta de desarrollo urbano y económico (Novy y Colomb, 2013). En muchas ocasiones, la cultura es el elemento aglutinador al que apela el discurso de la renovación urbana, en una estrategia para legitimar y justificar las principales operaciones realizadas en la ciudad (Delgado, 2008; López, 2018). Asimismo, la cultura se ha convertido en un factor importante de las iniciativas de desarrollo urbano que buscan presentar la ciudad en los mercados internacionales a través del *branding urbano* (Muñoz, 2008).

Al *branding urbano* se han añadido más eufemismos como smart city o ciudad creativa, nociones configuradas por parte de consultores que venden a los entes gubernamentales exitosas y (supuestas) buenas prácticas que pueden ser replicadas en sus ciudades. Por ello, no es casual que términos como ciudades creativas acuñadas por el geógrafo Florida (2002) ahora sean la panacea para intentar potencializar la economía urbana. Las estrategias van desde el incentivo al cambio de la estructura comercial de zonas de la ciudad, pasando por la creación de infraestructuras públicas como ciclovías, la creación de agencias de atracción de capital humano e incluso a ambiciosos proyectos de renovación urbana. Los catalizadores de estas iniciativas no solamente son entes privados, sino agencias supranacionales de la ONU quienes gestionan y otorgan certificaciones como la de ciudad creativa, las cuales buscan ser instrumentos de circulación de capitales. Mediante estos fenómenos, las ciudades se inscriben y buscan promocionarse a escala global, permitiéndoles lograr la tan ansiada proyección internacional. Así, una ciudad se considerada creativa si cuenta con bondades como su carácter multicultural, economías de escala y aglomeración, conexiones aéreas, amplia oferta gastronómica, desarrollo de I+D, tolerancia y respeto a las orientaciones sexuales diversas, buen clima, bajos índices delictivos, etc. Todos estos elementos son propicios para atraer inversiones, así como recursos humanos de alta cualificación que se posicionan como los nuevos actores urbanos en la era de la economía digital.

Este relato se comenzó a escribir desde los años 70 del siglo pasado, dentro del marco de la producción cultural, con la irrupción del modelo neoliberal y el surgimiento en el Reino Unido de las denominadas industrias creativas. El paradigma de la gobernanza cultural/ pretende crear una sinergia entre las diferentes administraciones y actores con tal de canalizar los esfuerzos creativos y generar valor cultural en un marco territorial concreto (Rius, 2006). En esta estela, las estrategias de revitalización urbana recurren frecuentemente a las políticas culturales (Hernán-

dez, 2016) y la cultura es parte de la representación de la ciudad. Generalmente, la presencia de mercados culturales valida y valoriza la inversión empresarial (Zukin, 1987) y la llamada economía de la cultura es un motor importante para el desarrollo urbano.

Esta orientación específica de la cultura se enmarca en la racionalidad del capitalismo y en una economía basada en los servicios. La estrategia comercial de las ciudades está dominada por una cultura cargada de valor añadido, una cultura que se convierte en otro servicio de capital. De hecho, es un elemento importante del ingreso monopolístico teorizado por Harvey (2013). Según esta teoría, las ciudades deberían, por su localización única e irreproducible, ofrecer un solo producto, un servicio que nadie más o cualquier otra cosa puede proporcionar. De esta manera, no tendrán competencia y podrán atraer el interés de capitales y personas. En el contexto de la globalización la política urbana se transforma debido a estrategias de marca de ciudad, constitución de megaproyectos, reducción de los presupuestos, subcontratación de servicios y creciente competencia (Mayer, 2016).

El rendimiento urbano neoliberal recupera las energías antagonistas haciendo capitalizable -susceptible de convertirlo en un valor rentable- cualquier rasgo diferenciador de una comunidad o una zona. De este modo, el terreno sociocultural se convierte en un horizonte de obtención de ganancias. Ello, unido a una cierta diversidad étnica y cultural -no la de las clases bajas, vistas como peligrosas- y a un pluralismo (Allen, 1980) o un diseño social y de un entorno agradable, junto con la promoción de estilos de vida alternativos (Rose, 1984), pueden impulsar la renovación y regeneración de zonas urbanas. Todo ello deja patente que un cierto tipo de demanda -un medio urbano culturalmente rico y ambientalmente sano- es social, cultural y políticamente construida (Jackson, 1985) y, en consecuencia, comporta una domesticación cultural y económica (Smith, 1987, p. 144).

De todos modos, la creación cultural es un campo en el que fuerzas opuestas pueden encontrarse. El mandato de crear cultura no se puede delegar en ningún colectivo ni en ninguna persona, ni ninguna persona o entidad puede arrogarse el derecho de crear cultura. El quién o el qué hace cultura no se puede definir y síntoma inequívoco de ello es que sus acepciones se han ampliado mucho en las últimas décadas. Precisamente por eso, la producción artística y cultural no es monopolio de Estados o corporaciones privadas, aunque sean los que más recursos tengan tanto para crear *ex novo* como para aprovecharse de escenas culturales ajenas. Pensadores como Lenore (2015), por ejemplo, opinan que deberíamos comenzar llamando cultura a la okupación de un edificio vacío o a montar un sindicato.

En este sentido, el movimiento de okupación construye una cultura propia, en cuanto resignifica los ritos, símbolos y valores existentes en busca de un lenguaje nuevo y la experimentación de estilos de vida alternativos (Llobet Estany, 2004). El acto mismo de okupar es un hecho cultural central, una condición de todo lo que se hace y una declaración de intenciones. La cultura y la producción cultural de los espacios okupados puede considerarse parte del arte que subvierte las formas y contenidos de la cultura convencional, en cuanto pertenece a los circuitos alternativos y su interacción es pública en el sentido más amplio. La okupación ha dado cabida a una vibrante vida cultural a lo largo de las últimas décadas. Inscrito en su praxis contestataria, la cultura no tiene que ver con la adquisición formal de un conocimiento inerte cuyo único propósito es la reproducción de formas y valores. La cultura tampoco se entiende como la creación puramente

narcisista, reducida en su producción y limitada en su difusión, que deriva de una concepción elitista, ni con una obediencia ilustrada (Goikoetxea, 2016). El valor de la cultura se desprende de lo periférico, de lo que vive en el margen, de lo rupturista, generalmente expresado colectivamente.

En este contexto, siguiendo a Galán (2018), se entiende a la contracultura como las expresiones que niegan valores y estilos de vida que fueron impuestos socialmente y que paralelamente producen acciones artísticas y culturales que generan rupturas con los modelos establecidos⁵. Incluso hay veces en que podría considerarse como cultura popular que rivaliza con la denominada alta cultura elitista. Los espacios okupados se constituyen por oposición a la cultura reinante, la cual se caracteriza por valores comerciales e institucionales que la vacían de sentido. De este modo, el movimiento okupa, al ser una manifestación anticapitalista, cuestiona la cultura dominante, desde su vestimenta hasta los centros okupados, y apuesta por otra cultura alternativa que niega los valores hegemónicos y que se construye de manera colectiva.

Al mismo tiempo, para luchar con alguien hace falta un terreno común y una unidad que deriva de la cohesión interna de un entretrejido de sentidos, o de significaciones, que penetran toda la vida de la sociedad, la dirigen y la orientan (Castoriadis, 2006:78). Estas significaciones imaginarias sociales compartidas posibilitan la interpelación, porque ponen en común un marco de sentido que permite que se nombren y se enfrenten, pues se reconocen en un mismo periodo histórico, contingente, en una (por ahora) misma organización socioespacial. Por eso se acostumbra a comprender tanto el movimiento okupa como los Centros Sociales en general en la esfera contracultural.

Esta singularidad radical se enuncia en contra de las estructuras existentes. Sin embargo, en ocasiones corre el riesgo de resultar dinamizador de actividades institucionalizadas e insertarse involuntariamente en las previsiones de rendimiento neoliberal. En no pocas ocasiones, sus actividades y productos, incluso su esencia, han sido recuperados regularmente por los regímenes gubernamentales. Muestra de ello es la manera en que la escena alternativa que han generado las okupaciones en Berlín han sido explotadas como recursos turísticos de la ciudad.

La apropiación capitalista del espíritu contracultural del movimiento de okupación

En general, los Movimientos Sociales Urbanos (entre los que se incluye la okupación⁶) a menudo, y paradójicamente, juegan un papel crucial como pioneros de los procesos de gentrificación, ya que cualquier actividad innovadora o de mejora se ve y funciona como una inversión para estimular los precios inmobiliarios (Buchholz, 2011). Cuando hablamos de mejoras, nos referimos a que los okupas se instalan en lugares abandonados, como pueden ser los Centros Históricos o barrios etiquetados como decadentes, y desempeñan, entre otras actividades, una tarea con-

⁵ Murray Bookchin (1974) afirma que los jóvenes contraculturales con mentalidad ecológica criticaron, ya en las décadas de los 60 y 70, la planificación de las ciudades, presentando propuestas alternativas a los proyectos de revitalización y rehabilitación urbanas.

⁶ Martínez (2005) considera que el movimiento de okupación es preeminentemente un Movimiento Social Urbano (MSU), porque participa en la ciudad con innovadoras prácticas culturales de socialidad urbana. También se destaca por ligarse a la organización colectiva del modo de vida, característica inherente a los MSUs para Castells (1997). Pero, a la vez, el movimiento de okupación es un caso específico de Nuevo Movimiento Social, ya que promueve y practica la autogestión de la vida cotidiana y del espacio público como valor de uso (Tutor Anton, 2018).

tracultural (Garnier, 2006). Muestra de ello son las okupaciones que ocurrieron al comienzo del proceso de gentrificación en el Casc Antic de Barcelona, específicamente en el emblemático Forat de la Vergonya. Hernández (2016) muestra la manera en que un solar producido a partir del proceso de derribos de fincas llevadas a cabo por el Ayuntamiento, generó un ambiente de desolación y de oportunidad que fue aprovechado por el movimiento okupa para apropiarse de edificios y llenar de vida a ese vacío urbano. Algo similar ocurrió en Madrid en los años noventa del siglo pasado. Se llevaron a cabo diversas okupaciones en el centro de la ciudad, que estaba siendo preparado para su renovación. De ese modo, el Centro Social Minuesa o Lavapiés 15 fueron potentes y paradigmáticas experiencias de contestación política y de articulación contracultural que le imprimieron una nueva atmósfera en sus áreas de influencia, y ello pudo contribuir a la regeneración y revalorización del lugar donde se instalaron. En este sentido, tanto la acción de los okupas (Bieri, 2002) como los Centros Sociales (Martínez, 2003) han inscrito nuevos lugares en la ciudad, nuevos accesos y encuentros. La apertura por medio de la rehabilitación física y simbólica desencadena procesos de renovación urbana, porque pone en el mapa de la inversión urbanística e inmobiliaria un lugar que antes era invisible. Igualmente, procesos parecidos se dieron en muchas ciudades europeas a finales del siglo XX y principios del siglo XXI. A medida que los okupas dieron nueva vida a las zonas céntricas de las ciudades y la desindustrialización condujo a un giro definitivo hacia las industrias de servicios, los centros de las ciudades se volvieron populares nuevamente y el capital volvió (Steen *et al.*, 2014).

En esta coyuntura, los okupas, pese a ser ajenos a los ciclos o tendencias de inversión y actuar contra la lógica de la centralidad espacial⁷ (pues muchas veces buscan, justamente, territorios al margen, periferias donde instalarse sin ser molestados y huyendo de los lugares insertos en la lógica hegemónica del capitalismo), pueden llegar a constituir un grupo que se distingue por sus prácticas artísticas de vanguardia y un fuerte componente intelectual. Estas características hacen que la okupación pueda, involuntariamente, atraer dinámicas gentrificadoras.

Las dos circunstancias mencionadas, desempeñar una labor contracultural en un entorno percibido como degradado, pueden hacer que el capital se fije en el potencial renovador del movimiento okupa y a partir de éste se catalice, bajo parámetros capitalistas, un proceso de recuperación física y simbólica de una zona. A veces, los conatos de resistencia suponen un valor añadido a ojos del mercado y de los potenciales clientes. Esto se traduce en que tanto un grafiti contra la gentrificación o un Centro Social Okupado pueden ser signos atractivos para grupos sociales que contribuyen a revalorizar un barrio, aunque ese no sea su objetivo (Sorando y Ardura, 2016).

Por lo tanto, algunas veces la okupación puede, mal que les pese a los activistas, facilitar procesos de gentrificación y renovación urbana. Junto con la regeneración física del espacio okupado (Dieste y Pueyo, 2003), a la par, se produce la introducción de nuevos valores simbólicos, articulados por la acción contracultural. Ya hemos mencionado que las políticas culturales de las ciudades se han tomado muchas veces como los buques insignia de la promoción de la ciudad. Estas políticas culturales suelen incluir a toda una pléyade de creadores culturales autónomos

⁷ Con bastante frecuencia ha ocurrido que, tras el abandono del centro de las ciudades por las clases altas y medias, los edificios vacíos y generalmente degradados hayan sido okupados. Por eso no hay que confundir centralidad con céntrico. Cuando el centro de una ciudad se deteriora y no es atractivo pierde centralidad, pese a que su localización sea céntrica.

que voluntariamente o no, se ven promocionados como parte del atractivo de la ciudad (Mayer, 2016) y como valor añadido para los rendimientos capitalistas.

En esta dinámica, las okupaciones pueden llegar a jugar un papel propio en la valorización simbólica de un lugar. No obstante, su impacto debe ser relativizado y contextualizado para cada momento y lugar. Para Vivant y Charmes (2008), por ejemplo, los espacios okupados, son indicadores más que desencadenantes o catalizadores del proceso gentrificador. Estos espacios forman parte de un proceso más amplio que revaloriza la centralidad y sus recursos, especialmente los culturales, aunque está relacionado en cómo manejan las políticas neoliberales los términos de innovación y clase creativa, que les sirven para ocultar los procesos de privatización y gentrificación que subyacen bajo ellos. De igual manera, muchos conflictos entre instituciones y espacios okupados se dirimen bajo el paraguas de estos términos, es decir, aquellos espacios que sirven para sus intereses creativos y de innovación, son tolerados, aquellos que no, son atacados (Fernández de Betoño, 2015). Esto no quiere decir que en ninguno de los dos casos los activistas estén de acuerdo con los lineamientos creativos orientados a la rentabilidad, sino que simplemente el poder puede utilizarlos en su beneficio. Este esquema suele distinguir entre buenos y malos okupas; un estereotipo fuertemente mediatizado que se ha repetido en distintos lugares: Francia (Verdier, 2015), Barcelona (Tutor Anton, 2016) o Hamburgo (Birke, 2016), en el que claramente se diferenció entre okupas buenos (innovadores) y malos (destructores).

El modo en que se relaciona la gentrificación con la okupación es variado y variable. Esta ambigüedad se debe a que, en cuanto movimiento contrahegemónico, la okupación se opone enérgicamente a estas dinámicas, aunque a la postre sean fuerzas que escapan de su dominio y puedan instrumentalizar las conquistas urbanas que haya conseguido, caso de un renacimiento del tejido cultural o de una rehabilitación de construcciones deterioradas. En Berlín, por ejemplo, hubo procesos contradictorios. Por una parte, en Kreuzberg hubo cierta correlación causal entre la presencia de espacios okupados y una efectiva renovación urbana, pero por contra, en Prenzlauer Berg no ocurrió lo mismo, pese a que existían okupaciones que podían impulsar la imagen cultural local como un atractivo centro artístico y socialmente diverso (Holm y Kuhn, 2017). De hecho, para autores como Birke (2016), la renovación urbana suave y el desarrollo urbano continuado son, en realidad, estrategias inventadas en el contexto del movimiento de okupación y, más concretamente, como reacción a ello. El autor alude especialmente al caso de Kreuzberg, porque representa, como en las okupaciones en general, la refutación práctica de la sociedad actual y la realización de modos de vida alternativos y es justamente esa idea la que el poder necesita contrarrestar.

En definitiva, los okupas dinamizan actividades (contra)culturales como exhibiciones y estudios de arte, conciertos subterráneos y clubes de baile, grafiti en las paredes, jardines comunitarios, talleres de bicicletas y similares. Algunas de estas imágenes simbólicas han sido recuperadas y capturadas por desarrolladores privados, de tal manera que podían atraer a las clases medias y altas. En este sentido, la okupación no es lo suficientemente poderosa como para promover la gentrificación, pero puede contribuir, sin querer, a ella (Martínez, 2020). En algunos lugares como Francia, esta aparente oposición ha derivado en la diferenciación de espacios okupados entre aquellos dedicados exclusivamente a la especialización artística y otros de una orientación anarquista y enfocados en la transformación política (Verdier, 2015). Sin embargo, más allá de esta distinción artificiosa que usualmente no comporta ningún conflicto (es decir, un espacio okupado

puede perfectamente dedicar energías a promover una contracultura alternativa y mediante ese mismo espíritu buscar la crítica radical y la superación de las actuales relaciones de poder), se halla la contradicción fundamental entre el compromiso revolucionario de la izquierda radical y su tendencia real al conservadurismo en el terreno político, estético y formal. Cuando los espaciosokupados invierten tiempo en medirse en el campo de la cultura, lo que hacen es abrirse al terreno del deseo y, hoy por hoy, al igual que pasa con la creatividad, el deseo únicamente parece posible como una forma más del modo de producción capitalista (Fisher, 2016).

La subyugación del potencial emancipador de la okupación en algunas ciudades europeas

A continuación, se esbozan las posibles imbricaciones que dichas prácticas culturales alternativas pueden tener con el régimen de acumulación vigente, a través de los ejemplos de algunas ciudades europeas.

Piotrowski (2014) revela ciertas claves de este proceso para la ciudad de Poznan, en Polonia. El estudio se articula en torno a la okupación Rozbrat y su evolución en el periodo 1994-2012. Rozbrat es el mayor y más antiguo Centro Social Okupado de Europa del Este y Europa Central. Comenzó su andadura en el otoño de 1994, en una fábrica de pintura abandonada, y se ha ido convirtiendo gradualmente en uno de los ejes centrales de cultura alternativa de la ciudad y del país (se han hecho cientos de conciertos, debates, lecturas públicas, proyección de películas, funciones teatrales, exposiciones y fiestas). Acoge grupos diferentes con varios proyectos en marcha (desde un taller de bicicletas hasta iniciativas feministas, pasando por acoger a la Federación Anarquista Polaca y un grupo de samba). Una de las discusiones que recientemente tuvieron lugar en el seno de Rozbrat fue la que planteó la disyuntiva de perfilarse como un gueto de la subcultura (la función contracultural del espacio serviría a un grupo específico) o un Centro Social (más enfocado en lo político y movilizándolo amplias coaliciones de personas). Finalmente, se abrió un espacio llamado Zemsta en el centro de Poznan que heredó las actividades culturales de Rozbrat, mientras que éste alberga sólo reuniones internas y conciertos de música (con el peligro de convertirse en un gueto de la subcultura). Lo que hace especial a Rozbrat son las conexiones con las subculturas, los estilos de vida alternativos y con el movimiento alterglobalizador y okupa internacional. Rozbrat se ha transformado en un importante centro contra-cultural (practican el *culture jamming*, en otras palabras, la interferencia o el *hackeo* cultural) que ha sabido comunicar y ganarse el favor de la ciudad y el país. Tanto es así, que, en el año 2010, cuando la ciudad de Poznan se proponía conseguir el título de capital europea de la cultura en 2016, en la solicitud de la candidatura se hacía muy significativamente referencia explícita a Rozbrat como un Centro pionero de la cultura independiente. Al pasar de considerarse una casa okupa clásica a considerarse una institución de la cultura independiente, el movimiento ganó una cierta legitimidad en la esfera pública (Staniewicz, 2011). Como resultado de esta combinación y apertura (o recuperación por parte del poder), la okupación se percibe menos en términos ideológicos o de amenaza, aunque sigue conservando su posición anticapitalista.

En el ya referido caso de Berlín (Holm y Kuhn, 2011; Ikeda, 2019) hubo intentos de incorporar el polivalente movimiento okupa y, a menudo, formas de expresión cultural autoorganizadas, dentro de la imagen de una ciudad vital y creativa (Novy y Colomb, 2013). Colomb (2012) también estudia cómo los usos temporales de vacíos urbanos -ligados a colectivos que trabajan de manera

autónoma- se han integrado en el discurso oficial que erige a Berlín como ciudad creativa. Los espacios creativos y los *pioneros* urbanos juegan un papel fundamental en este discurso, ya que, al buscar la diferenciación, las instituciones pueden apoyar a nivel local las prácticas culturales transgresivas, con tal de incorporar esa esencia única y original a su estrategia urbana y de marca. En esta línea, Berlín se ha distinguido por incorporar eficazmente estos proyectos radicales contraculturales a su discurso creativo, haciéndolos parte constitutiva del mismo (van Schipstal y Nicholls, 2014).

Tal como explica Owens (2008), en Ámsterdam se desarrolló una lucha similar contra la cooptación por parte de las instituciones y por el mantenimiento de la autonomía de su línea política y de sus intervenciones sociales y urbanas. A pesar de ello, y en este preciso caso, parte del movimiento se ha transformado en proveedor de servicios culturales, de modo que las acciones de los okupas y del gobierno local pueden llegar a converger. Algunos segmentos del movimiento pueden fomentar identidades subculturales alternativas y organizar protestas contra los caprichos del capitalismo, mientras que al mismo tiempo adquieren valor para el gobierno local (Uitermark, 2004a). Para Pruijt, en desacuerdo con Uitermark, ello no significaría una cooptación, sino una institucionalización⁸ flexible (Pruijt, 2004).

Por otro lado, en Zurich, la revuelta urbana -y sus componentes, los movimientos de protesta urbanos y las expresiones y actividades subculturales- que se produjeron a partir de los años 80, devino en un importante catalizador para el proceso de formación de la identidad global de Zurich (Schmid, 2017). La cultura como palanca legitimadora y revitalizadora de la imagen de las ciudades, mejorando su posición global, es vital para introducirse en la corriente de las ciudades creativas. Las ciudades con fuertes escenarios culturales alternativos, en la búsqueda de ventajas que hagan atractiva la ciudad en el marco de la nueva economía global, han descubierto que pueden capitalizar esas escenas alternativas (Shaw, 2007). En esta línea las actividades ligadas al movimiento de okupación en su faceta contracultural contribuyen a valorizar la ciudad (Mayer, 2013) y volverla atractiva, promocionándose como ciudades abiertas (Staniewicz, 2011) y, eventualmente, iniciando procesos gentrificadores.

Los ejemplos anteriores muestran la manera en que los okupas consiguen que los límites de la cultura hegemónica se desdibujen (Bieri, 2002) y dan entrada a prácticas culturales no dominantes y poco convencionales. Muchos okupas son además ricos en capital social y cultural, aunque no lo sean en el económico, y este perfil cultural es interesadamente explotado para crear una imagen estimulante y vibrante que pueda atraer posibles inversores. Los okupas encajan en el ideal posmoderno de un paisaje urbano interesante, y eso comporta que de forma simbólica y debidamente saneada (Pruijt, 2003)⁹, una subversiva subcultura se pueda digerir adecuadamente y conforme a las necesidades de la producción capitalista de lo urbano. Así, la labor cultural que el movimiento okupa desempeña influye en las políticas de gobernanza de la ciudad. Tal como sucedió en Ámsterdam (Peck, 2012) y Berlín, sumergidas de lleno en promocionarse como ciudades creativas, el movimiento consiguió ser tenido en cuenta como actor cultural (Uitermark,

⁸ Aunque excede el objeto de estudio de este artículo, la institucionalización y legalización de algunos espacios okupados cuyo objetivo es exclusivamente artístico o socio-cultural (Garnier, 2012), es un hecho estrechamente ligado a la cuestión de su instrumentalización e integración por los poderes establecidos.

⁹ Aunque tanto Smith como Pruijt se refieren al barrio de Nueva York Lower East Side, sus reflexiones pueden ser extrapoladas a otros ámbitos y para construir una comprensión afinada de dinámicas urbanas y sociales afines.

2004b). Sin embargo, en otros temas en los que el movimiento okupa también interpela al poder, como la lucha por la vivienda, la respuesta consiste en represión o en ignorar las demandas. Esto eleva la cultura a adquisición o competencia básica (a nivel individual y colectivo) para poder reclamar mejoras o ser incluido en la ciudadanía urbana (van Schipstal y Nicholls, 2014), eliminando otras estrategias discursivas como la justicia socio-espacial. Las políticas urbanas neoliberales *conversan* con la okupación mediante la incorporación de su creatividad y activismo alternativo y contracultural, mientras que por otro lado y, como parte de la misma estrategia, intensifican la criminalización del movimiento (Mayer, 2013).

Conclusiones

La okupación es un fenómeno complejo y polifacético, pero es incuestionable que una de las razones de ser es la confrontación con el régimen de propiedad privada que permite la apropiación exclusiva y excluyente de la ciudad. Por lo tanto, sus atributos y procederes no pueden encajar tan fácilmente en los deseos de los inversores inmobiliarios o de la clase media y alta (Martínez, 2020). Así, el compromiso que el movimiento de okupación tiene con la denuncia de la especulación y sus consecuencias (Díaz-Parra, 2014) está fuera de toda duda. Su potencial antagónico para luchar contra el capitalismo a través de la experimentación de utopías vivas¹⁰ y reales (Wright, 2014) basadas en la solidaridad, las estructuras de propiedad colectiva y la práctica de la ayuda mutua es enorme (Rossini et al., 2018).

La okupación no solo enfrenta la gentrificación y lucha por el mantenimiento de la población local, sino que se reivindica también contra la segregación que produce la lógica económica neoliberal, que coloca al capital y el valor de cambio por encima de otras variables centrales en la ecuación de la vida social (Bogado et al., 2019). Asimismo, muchos casos confirman que cuando los activistas de la okupación son conscientes de que se está llevando a cabo una operación gentrificadora en el área que habitan, lejos de cooperar, se ponen manos a la obra para tratar de detener el proceso (Martínez, 2020). Por eso, la okupación sigue siendo una de las reacciones más agudas contra los procesos urbanos orientados por el mercado y la especulación inmobiliaria hacia unas apropiaciones privadas de las plusvalías y los espacios de la ciudad.

A pesar de todo ello, es cierto que en algunos casos los espacios okupados pueden llegar a alimentar alguna fase de la gentrificación, como puede ser la revalorización ligada a aspectos simbólicos y/o de rehabilitación patrimonial acaecidas después del abandono de una zona. En la lucha por otra ciudad, los movimientos sociales frecuentemente repercuten sobre una mejora de las condiciones de vida (Martínez, 2019), y esto puede tener igualmente efectos colaterales indeseados como la cooptación por las instituciones (Polanska, 2016) o procesos de expulsión de población.

¹⁰ Cuando nos referimos a utopías vivas, hacemos alusión a un cambio radical pero posible y factible. Unas ideas que se llevan a la práctica. Tanto es así que en algunos lugares influyeron directamente en las políticas públicas (González et al., 2019). Uno de los ejemplos es Berlín, donde consiguieron que las instituciones garantizarán una proporción de viviendas asequibles con diferentes opciones de tenencia en zonas urbanas gentrificadas (Martínez, 2020) y otro el ya mentado caso de Poznan, donde impactaron decisivamente en las políticas culturales del municipio.

Aun con todo y pese a las reservas y la constatación de que el efecto gentrificador es marginal en el movimiento de okupación, en este artículo hemos profundizado en el debate acerca de la relación entre la okupación y la gentrificación. La conclusión más prominente al respecto es que el modo más habitual en que la okupación se recupera para la rentabilidad del capital es a través de su labor contracultural. La creatividad es uno de los pilares del capitalismo cognitivo y, justamente, el lenguaje de los flujos y la creatividad se encuentra exhausto porque las industrias creativas del capitalismo se lo han apropiado (Fisher, 2016). Efectivamente, las ciudades posindustriales se asientan en la explotación de marcas locales que generen rentas de monopolio (Harvey, 2001): la autenticidad local, irreductible, y asociada a la mercantilización de la cultura para extraer valor simbólico. En este proceso competitivo global y se entrelazan el capital financiero, la propiedad inmobiliaria y la cultura para tratar de ganar este capital intangible (Harvey y Smith, 2005).

En París, por caso, ciertos espacios okupados vinculados a lo artístico lograron diseminar la visión de una okupación sin punks, drogas o alcohol, que atrajo al electorado gentrificador de clase media (Aguilera, 2018). En efecto, estas dinámicas contribuyen a aumentar la diferencia de renta simbólica. Según esta perspectiva, la ciudad en cuanto construcción colectiva atesora unos valores simbólicos sedimentados a lo largo de los años. Algunas actividades (como la experimentación contracultural), pueden realzar estos valores, en lo que podríamos denominar un trabajo simbólico (Morell, 2016) que valoriza y desvaloriza la ciudad en su conjunto (como una fábrica social) y, más en concreto, algunos espacios de la misma.

La cooptación de movimientos antagonistas por parte del capitalismo tiene mucho que ver con cómo se ha rehecho históricamente de sus contradicciones internas. En este sentido, Karl Polanyi, recuperador y defensor de la noción de comunidad heredera del *gemeinschaft* de Ferdinand Tönnies (como marco de relaciones que salvaguardan tanto del capitalismo anómico como del comunismo estatalizado y colectivista), estudió la crisis de las economías de mercado y sus soluciones para salir de ellas. En su magna obra 'La gran transformación' (1989[1944]) analiza otros estadios anteriores del capitalismo y cómo éste se ha ido adaptando: desde unos inicios con un cierto librecambismo, el proteccionismo posterior o la adopción, internacionalmente coordinado, del patrón-oro. Polanyi repasa diferentes estrategias que el liberalismo político y económico fue ensayando a lo largo del tiempo para sortear sus recurrentes crisis y contradicciones estructurales (el sistema Speenhamland o el mito del mercado autorregulador, entre otros).

En esta misma senda, Nancy Fraser también se detiene en cómo la enorme capacidad del capitalismo para revolverse en sus contradicciones y sacar nuevas fuerzas. La autora llama a esta pugna constante "las luchas en torno a los límites" en la que las sociedades capitalistas han pasado por un régimen de capitalismo competitivo liberal (siglo XIX), un régimen de capitalismo gestionado por el Estado (siglo XX) y finalmente el régimen de capitalismo financiarizado y globalizador del momento actual (Fraser, 2016). La investigadora, asimismo, se fija en los mecanismos capitalistas de recuperación y apropiación de corrientes críticas que en un inicio estaban dirigidas en su contra, como la crítica feminista al paternalismo burocrático (Fraser, 2020). De hecho, al igual que ocurre con el movimiento de okupación, el nuevo espíritu del capitalismo flexible se relanzó a costa de la resignificación de los elementos de la crítica anticapitalista. Tal como explican Boltanski y Chiapello (2002) la crítica artista de la izquierda al capitalismo hizo que se liberará una tendencia que ensalzaba la narrativa de la creatividad individual, aunque en realidad esa pasión creativa es solo una falsa bandera que conduce a la precariedad laboral (Zafra, 2017).

En cambio, si la práctica social asociada con la okupación se tiende a ver como contracultural, esto se debe principalmente a que, a un nivel más consciente e ideológico, los okupas buscan oponerse y superar la cultura dominante: las formas de producción, de consumo, las relaciones sociales y la forma de tomar decisiones políticas. Ciertamente, tales dinámicas a menudo distraen a los activistas de otras luchas políticas y del problema social asociado con la especulación urbana, que solo se combate mediante la acción. Sin embargo, esto no es óbice para reconocer las contribuciones del movimiento okupa, la coherencia de muchas de sus prácticas y el establecimiento de espacios libres para la expresión y la crítica de la cultura dominante (Martínez, 2007).

Pero, en suma, más allá de que la faceta contracultural de las okupaciones pueda catalizar en cierta manera la gentrificación, la apertura de estas esferas contraculturales no es sino la continuación en el terreno de la imaginación de la lucha frontal a la ciudad capitalista que (se) urbaniza mediante la concentración de excedente (Harvey, 2008). Por lo tanto, excluye a quienes no detentan la propiedad y a quienes no comulgan con las normas sociales pautadas para mantener el orden social y económico. Esto nos lleva ante lo que Smith (1996) denominó ciudad revanchista, un modelo urbano que permite y fomenta la presencia de ciertos grupos en zonas que se pueden revalorizar, pero que cuando logran incrementar su valor son desplazados a través de medidas formales e informales del uso de la fuerza.

Desafortunadamente, la gentrificación es un punto en común en la geografía urbana y sigue ampliando su frontera (Smith, 1996). Progresivamente va conquistando barrios, ya sean céntricos o periféricos, para (re)insertarlos en las lógicas capitalistas que terminan generando la acumulación por desposesión y geografías de la exclusión y la expulsión (Sassen, 2014). Quizá, en un mundo futuro, seamos capaces de reconocer que los activistas por la okupación fueron quienes tuvieron la visión más certera de esta frontera, y que eran, también, aquellos que más firmemente se opusieron a su avance. Además, politizan el deseo y tratan de arrebatar el control de la creación cultural de manos de los grandes propietarios y productores, convirtiendo el terreno de lo artístico en caballo de batalla. Los okupas, muchas veces despreciados y estigmatizados, a través de herramientas libertarias y autogestivas nos han mostrado caminos para pensar que otras ciudades posibles.

Referencias bibliográficas

ADELL, R. y MARTÍNEZ, M. (eds.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Catarata, 2004.

AGUILERA, T. The Squatting Movement(s) in Paris: Internal Divides and Conditions for Survival. En Martínez M., *The Urban Politics of Squatters' Movements*. London: Palgrave Macmillan, 2018, p.121-145.

ALLEN, I. The ideology of dense neighborhood redevelopment. Cultural Diversity and Transcendent Community Experience. *Urban Affairs Review*, 1980, N°15 (4), p. 409-428.

BIERI, S. Contested places: Squatting and the construction of 'the urban' in Swiss cities". *GeoJournal*, 2002, N°58, p. 207-215.

BIERKE, P. Right to the City—and Beyond: The Topographies of Urban Social Movements in Hamburg. En MAYER, M.; THÖRN, C. y THÖRN, M.(eds.), *Urban Uprisings: Challenging the Neoliberal City in Europe*. London: Palgrave Macmillan-Springer, 2016, p. 203-232.

BOGADO, D.; MANZANO, N. y SOLANAS, M. Squatting as Claiming the Right to the City. En VENTURINI, F.; DEĞIRMENCI, E. y MORALES, I. (eds.), *The right to the city and social ecology: towards democratic and ecological cities*, Chicago: Black Rose Books, 2019, p. 155-171.

BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.

BOOKCHIN, M. *The Limits of the City*. Nueva York: Harper and Row, 1974.

BUCHHOLZ, T. *Creativity and the Capitalist City: The Struggle for Affordable Space in Amsterdam*. Groningen: Universidad de Groningen/INURA, 2011.

CASELLAS, A.; DOT, E. y PALLARÈS, M. Artists, Cultural Gentrification and Public Policy. *Urbanii-zziv*, 2012, Nº 23 (1), p. 104-114.

CASGRAIN, A. y JANOSCHKA, M. Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile. *Andamios*, 2013, Nº 10(22), p. 19-44.

CASTELLS, M. *Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1997.

CASTORIADIS, C. *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*. Buenos Aires: Katz, 2006.

CATTANEO, C. y TUDELA, E. ¡El carrer és nostre! El movimiento autónomo en Barcelona, 1980-2012. En STEEN, B.; KATZEFF, A y HOOGENHUIJZE, L. (eds.) *The city is ours: Squatting and Autonomous Movements in Europe from the 1970s to the Present*, Oakland: PM Press, 2014. p. 95-131.

COLOMB, C. Pushing the urban frontier: temporary uses of space, city marketing, and the creative city discourse in 2000s Berlin. *Journal of Urban Affairs*, 2012, Nº 34 (2), p. 131-152.

DELGADO, M. La artistización de las políticas urbanas. El lugar de la cultura en las dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad. *Scripta Nova*, 2008, Nº 12 (270). Disponible en Internet: <www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-69.htm>

DÍAZ, I. *¿Gentrificación O Barbarie?. Disciplinamiento y transformación social del barrio de la Alameda de Sevilla*. Sevilla: Atrapasueños, 2014.

DIESTE, J. y PUEYO, A. Procesos de regeneración en el espacio urbano por las iniciativas de autogestión y okupación. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 2003, Nº 7 146(108).

FERNÁNDEZ, U. Arte y gentrificación. La cultura como supuesto motor de la renovación urbana. En CHAVES, M. (ed.), *Arquitectura, patrimonio y ciudad*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015, p. 155-160.

FERNÁNDEZ, F. *Okupació a Catalunya (1984-2009)*. Barcelona: Anomia, 2010.

FISHER, Mark. *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*. Buenos Aires: Caja Negra, 2016.

FLORIDA, R. *The Rise of the Creative Class. And How is Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life*. New York: Basic Books, 2002.

FRASER, N. Contradictions of Capital and Care. *New Left Review*, 2016, Nº 100.

FRASER, N. *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2020

GALÁN, F. A 50 años de 1968: teoría crítica y contracultura en México. *Sapientiae*, 2018, vol. 4, núm. 1, p. 79-87.

GARNIER, J-P. *Contra los territorios del poder*. Barcelona: Virus, 2006.

GARNIER, J-P. El derecho a la ciudad desde Henri Lefebvre hasta David Harvey. Entre teorizaciones y realización. *Ciudades*, 2012, Nº 15(1), p. 217-225.

GLASS, Ruth. *London: Aspects of Change*. Londres: MacKibbon, 1964.

GOIKOETXEA, J. Hiritarkeria eta Kapitalaren Kultura. *Aldiri: arkitektura eta abar*, 2016, Nº1 (25), p. 5-7.

GONZÁLEZ, R., Cortina-Oriol, M.; y Aguilera, T. Movimientos de okupación y políticas públicas urbanas: los casos de Madrid, Barcelona y Bilbao. *Revista especializada en investigación jurídica*, 2019, Nº3 (5), p. 8-38.

GUZMÁN, C. Radical Social Movements in Western Europe: A Configurational Analysis, *Social Movement Studies*, 2015, Nº 14 (6), p. 668-691.

HARVEY, D. The art of rent: globalization and the commodification of culture. En: David HARVEY, *Spaces of capital: Towards a Critical Geography*. Londres y Nueva York: Routledge, 2001, p. 394-412.

HARVEY, D. El derecho a la ciudad. *New Left Review*, 2008, Nº 53, p. 23-39.

HARVEY, D. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013.

HARVEY D. y SMITH, N. *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2005.

HERNÁNDEZ, A. *En transformación Gentrificación en el Casc Antic de Barcelona*. Ciudad de México: UNAM, 2016.

HIERNAUX, D. y GONZÁLEZ, I. Gentrificación simbólica y poder en los centros históricos: Querétaro, México. Actas del XIII Coloquio Internacional de Geocrítica. El control del espacio y los espacios de control. 5-10 de mayo, Barcelona, 2014.

HOLM, A. y KUHN, A. Squatting and Gentrification in East Germany since 1989/90. En: Freia ANDERS, F. y SEDLMAIER, A. (eds.), *Public Goods versus Economic Interests. Global Perspectives on the History of Squatting*. Nueva York: Routledge, 2017, p. 278-304.

HOLM, A. y KUHN, A. Squatting and Urban Renewal: The Interaction of Squatter Movements and Strategies of Urban Restructuring in Berlin. *International Journal of Urban and Regional Research*, 2011, Nº35 (3), p. 644-658.

IKEDA, M. Role of Culture and Consumption in the Process of Gentrification: Case Study of the Reuter Quarter in the Former West Berlin Neukölln. *Geographical Review of Japan Series B*, 2019, Nº 92 (1), 2019, p. 10-32.

JACKSON, P. Neighbourhood change in New York: the loft conversion process. *Tijdschrift voor economische en sociale geografie*, 1985, Nº 76 (3), p. 202-215.

LENORE, V. Hauriem de començar a dir cultura a ocupar un edifici abandonat, militar a la PAH o muntar un sindicat. *Crític*, 2015, 26 de febrero. Disponible en Internet <https://www.elcritic.cat/entrevistes/victor-lenore-hauriem-de-comencar-a-dir-cultura-a-ocupar-un-edifici-abandonat-militar-a-la-pah-o-muntar-un-sindicat-11416>>

LEY, D. Alternative explanations for inner-city gentrification. *Annals of the Association of American Geographers*, 1986, 76, p. 521-535.

LLOBET ESTANY, M. Contracultura, creatividad y redes sociales en el movimiento okupa. En ADELL, R. y MARTÍNEZ, M Á (eds.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid: Catarata, 2004, p. 179-205.

LÓPEZ, A. La infraestructura cultural en la explotación del territorio en Puebla. En: HERNÁNDEZ, A; KURJENOJA, A. y SIMENTAL (coords.), *Ciudad, capital y cultura*. Ciudad de México: UDLAP-Itaca, 2018, p. 37-52.

MANSILLA, J. Palo Alto Market. Capital simbólico y consumo en un mercado de Barcelona, *Athena Digital*, 2019, Nº19 (1). Disponible en Internet <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2276>

MARCUSE, P. Gentrification, abandonment and displacement. Connection, cause and policy responses in New York City. *Journal of urban and contemporary law*, 1985, 28(195-240).

MARINAS SÁNCHEZ, M. Derribando los muros del género: mujer y okupación. En ADELL, R. y MARTÍNEZ, M Á (eds.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid: Catarata, 2004, p. 205-227.

MARTÍNEZ, M. *Okupaciones de viviendas y centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*. Barcelona: Virus, 2002.

MARTÍNEZ, M. Viviendas y Centros Sociales en el movimiento de okupación: entre la autogestión doméstica y la restructuración urbana. *Scripta Nova*. 2003, Nº146 (109). Disponible en Internet: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(109\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(109).htm)

MARTÍNEZ, M. Á. Del urbanismo a la autogestión: una historia posible del movimiento de okupación en España. En ADELL, R. y MARTÍNEZ, M. Á (eds.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Madrid: Catarata, 2004, p. 61-88.

MARTÍNEZ, M. Á. La autogestión de viviendas y Centros Sociales Okupados. En DÍAZ ORUETA F. y LOURES SEOANE M. L. (eds.), *Desigualdad social y vivienda*, Alicante: Editorial Club Universitario, 2005, p. 109-132.

MARTÍNEZ, M. The Squatters' Movement: Urban Counter-Culture and Alter-Globalization Dynamics, *South European Society & Politics*, 2007, Nº12 (3), p. 379-398.

MARTÍNEZ, M. Squatting for justice, bringing life to the city, *ROAR Magazine*, 2014.

MARTÍNEZ, M. Framing Urban Movements, Contesting Global Capitalism and Liberal Democracy. En: NGAI, Y.; MARTÍNEZ, M. y SUN, X. (eds.), *Contested Cities and Urban Activism*. London: Palgrave Macmillan, 2019, p. 25-49.

MARTÍNEZ, M. *Squatters in the capitalist city: housing, justice, and urban politics*. Nueva York: Routledge, 2020.

MARTÍNEZ, M. Á. y CATTANEO, C. (2014). Squatting as an Alternative to Capitalism. An introduction. En SQUATTING EUROPE KOLLECTIVE (ed.), *The Squatters' movement in Europe. Commons and Autonomy as Alternatives to Capitalism*, Londres: Pluto Press, 2014, p. 1-25.

MAYER, M. Prefacio. En: Squatting Europe Kollektive (ed.), *Squatting in Europe: Radical Spaces, Urban Struggles*. Nueva York: Minor Compositions, 2013, p. 1-10.

MAYER, M. Neoliberal Urbanism and Uprisings Across Europe. En: MAYER, M.; THÖRN, C. y THÖRN, M. (eds.), *Urban Uprisings: Challenging the Neoliberal City in Europe*. London: Palgrave Macmillan-Springer, 2016, p. 57-92.

MILLIGAN, R. T. The Politics of the Crowbar: Squatting in London, 1968-1977, *Anarchist Studies*, 2016, Nº 24 (2), p. 8-32.

MORELL, M. El trabajo de la gentrificación. Un bosquejo en torno a la formación de un sujeto histórico urbano. Working Paper Series Contested Cities. Seminario Gentrificación en España .12 y 13 de diciembre, Madrid, 2014.

MORELL, M. La ocupación del espacio y el común denominador del trabajo urbano. En GRUPO DE ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS LA CORRALA (coords.), *Cartografía de la ciudad capitalista. Transformación urbana y conflicto social en el Estado Español*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2016, p. 85-111.

MUÑOZ, F. *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*, Barcelona: Gustavo Gili, 2008.

NOVY, J. y COLOMB, C. Struggling for the Right to the (Creative) City in Berlin and Hamburg: New Urban Social Movements, New 'Spaces of Hope'?, *International Journal of Urban and Regional Research*, 2013, Nº 37 (5), p. 1816-1838.

OWENS, L. From Tourists to Anti-Tourists to Tourist Attractions: The Transformation of the Amsterdam Squatters' Movement, *Social Movement Studies*, 2008, Nº7 (1), p. 43-59.

PECK, J. Recreative City: Amsterdam, Vehicular Ideas and the Adaptive Space of Creativity Policy, *International Journal of Urban and Regional Research*, 2012, Nº 36 (3), p. 462-485.

PIAZZA, G. Squatting Social Centres in a Sicilian City: Liberated Spaces and Urban Protest Actors, *Antipode. A Radical Journal of Geography*, 2016, 50 (2), p. 498-522.

PIOTROWSKI, G. Okupación en el Este: la okupación Rozbrat en Polonia, 1994-2012. En STEEN, B.; KATZEFF, A y HOOGENHUIJZE, L. (eds.), *The city is ours: Squatting and Autonomous Movements in Europe from the 1970s to the Present*. Oakland: PM Press, 2014, p. 233-254.

POLANSKA, D. Neoliberal Post-Socialist Urban Transformation and the Emergence of Urban Social Movements in Poland. En MAYER, M; THÖRN, C. y THÖRN, M. (eds.), *Urban Uprisings: Challenging the Neoliberal City in Europe*. London: Palgrave Macmillan-Springer, 2016, p. 309-332.

POLANYI, K. *La gran transformación*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1989.

PRUIJT, H. Is the institutionalization of urban movements inevitable? A comparison of the opportunities for sustained squatting in New York City and Amsterdam, *International Journal of Urban and Regional Research*, 2003, Nº 27 (1), p. 133-157.

PRUIJT, H. Squatters in the Creative City: Rejoinder to Justus Uitermark, *International Journal of Urban and Regional Research*, 2004, Nº 28 (3), p. 699-705.

RIUS, J. El MACBA i el CCCB. De la regeneració cultural a la governança cultural, *Digithum*, 2006, Nº 8, p. 10-17.

ROSE, D. Rethinking gentrification: beyond the uneven development of marxist urban theory, *Environment and Planning D: Society and Space*, 1984, Nº 2 (1), p. 47-74.

ROSSINI, L.; azozomox y DEBELLE, G. Keep Your Piece of Cake, We'll Squat the Bakery! Autonomy Meets Repression and Institutionalisation. En MARTÍNEZ LÓPEZ M. A. (ed.), *The Urban Politics of Squatters' Movements*. London: Palgrave Macmillan, 2018, p. 247-271.

SASSEN, S. *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*. Cambridge: Harvard University Press, 2014.

SCHIPSTAL, I. L.M. y NICHOLLS, W. J. Rights to the Neoliberal City: The Case of Urban Land Squatting in 'Creative' Berlin, *Territory, Politics, Governance*, 2014, N° 2 (2), p. 173-193.

SCHMID, C. Global City Zurich: Paradigms of Urban Development. En REN, X. y KEIL R. (eds.), *The Globalizing Cities Reader*. Londres: Routledge, 2017.

SELFA, J. Procesos de transformación urbana en la Barcelona postolímpica desde la perspectiva de la Nueva Geografía Cultural, *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 2005, N° 60, p. 109-125.

SHAW, K. The Place of Alternative Culture and the Politics of its protection in Berlin, Amsterdam and Melbourne, *Planning Theory & Practice*, 2007, N° 6 (2), p. 149-169.

SMITH, N. Commentary. Gentrification and the Rent Gap, *Annals of the Association of American Geographers*, 1987, N° 77 (3), p. 462-478.

SMITH, N. *The New Urban Frontier. Gentrification and the Revanchist*. Londres: Routledge, 1996.

SORANDO, D. y ARDURA, Á. *First we take Manhattan. La destrucción creativa de las ciudades*. Madrid: Catarata, 2016.

STANIEWICZ, M. El movimiento okupa como un actor político, social y cultural en una ciudad post-comunista. El caso del centro social-casa okupa Rozbrat en Poznan, Polonia, *Revista de estudios de juventud*, 2011, N° 95, p. 123-143.

STEEN, B.; KATZEFF, A y HOOGENHUIJZE, L. (eds.) *The city is ours: Squatting and Autonomous Movements in Europe from the 1970s to the Present*. Oakland: PM Press, 2014.

TUTOR ANTON, A. Hiria eta kultura: kultu(r)aren hiria(k) kulturaren balio kapitalaren bila, *Aldiri: arkitektura eta abar*, 2016, N° 25, p. 8-12.

TUTOR ANTON, A. *Ensanchando el campo de lo posible. Los Centros Sociales como reformulación del espacio público*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, 2018.

UITERMARK, J. The Co-optation of Squatters in Amsterdam and the Emergence of a Movement Meritocracy: A Critical Reply to Pruijt, *International Journal of Urban and Regional Research*, 2004a, N° 28 (3), p. 687-698.

UITERMARK, J. Framing Urban Injustices: The Case of the Amsterdam Squatter Movement *Space and Polity*, 2004b, Nº 8 (2), p. 227-244.

VERDIER, M. Situationism and its Influence on French Anarchist Squats. En MOORE, A. y SMART, A. *Making Room: Cultural Production in Occupied Spaces*, Barcelona: Making Room/MalditosImpresores, 2015, p. 220-224.

VIVANT, E. y CHARMES, É La Gentrification et ses Pionniers: Le Rôle des Artistes Off en Question, *Metropoles*, 2008, Nº 3, p. 31-66. Disponible en Internet <https://journals.openedition.org/metropoles/1972>.

VV.AA. *Okupa Madrid (1985-2011). Memoria, reflexión, debate y autogestión colectiva del conocimiento*. Madrid: Diagonal, 2015.

WRIGHT, E. O. *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal, 2014.

ZAFRA, R. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama, 2017.

ZUKIN, S. Gentrification: Culture and Capital in the Urban Core, *Annual Review of Sociology*, 1987, Nº 13, p. 129-147.

